



[Por eso, queridos hermanos, que asistís a la admi-



rable claridad de esta luz san- ta, invocad conmigo la



misericor- dia de Dios om- nipoten- te, para



que aquel que, sin mérito mío, me agregó al número de



sus diá- conos, infundiendo el resplandor de su luz,



me ayu- de a cantar las alabanzas de es- te cirio].



∇. El Señor esté con vosotros.



R7. Y con tu espíritu.



∇. Levantemos el corazón.



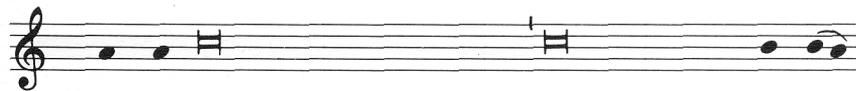
R7. Lo tenemos levantado hacia el Señor.



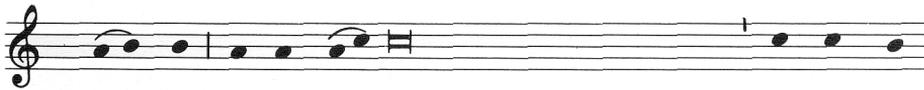
∇. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.



R7. Es justo y necesario.



En verdad es justo y necesario aclamar con nuestras



vo- ces y con to- do el afecto del corazón a Dios in-



visible, el Padre todopode- ro- so, y a su único Hijo,



nuestro Señor Je- sucris- to. Porque él ha pagado



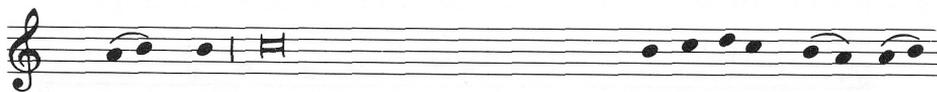
por nosotros al eterno Padre la deuda de A- dán y,



derramando su san- gre, canceló el recibo del anti-



guo peca- do. Porque és- tas son las fiestas de



Pas- cua, en las que se inmola el verdadero Cor- de-



ro, cuya sangre consagra las puer- tas de los fie-



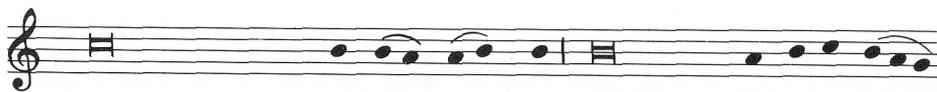
les. Es- ta es la no- che en que sacaste de Egip-



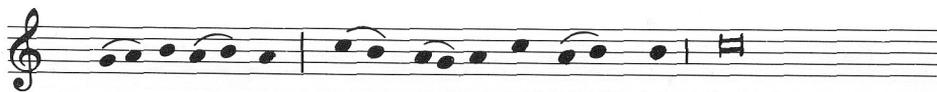
to a los isra-elitas, nuestros pa- dres, y los hiciste



pasar a pie el mar Ro- jo. Es- ta es la no- che

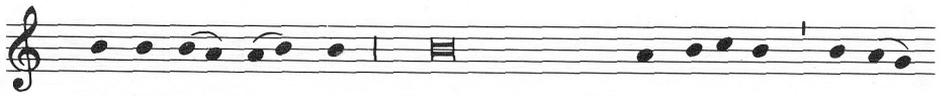


en que la columna de fue- go esclareció las tinieblas

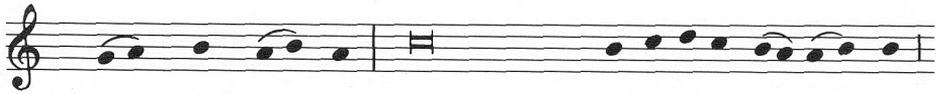


del peca- do. Es- ta es la no- che, en la que, por

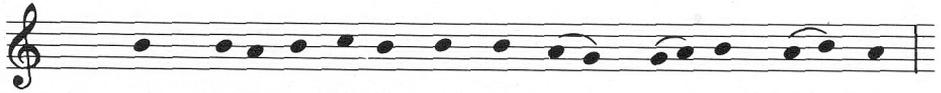
toda la tierra, los que confiesan su fe en Cristo
son arrancados de los vicios del mundo y de la oscuri-
dad del pe- ca- do, son restituidos a la gracia y son
agregados a los san- tos. Es- ta es la no- che
en que, rotas las cadenas de la muer- te, Cristo as-
ciende victorioso del abis- mo. ¿De qué nos ser-
viría haber na- ci- do si no hubiéramos sido res- ca-
ta- dos? ¡Qué asombroso bene- fi- cio de tu
amor por noso- tros! ¡Qué incomparable ternu-



ra y ca- ri- dad! ¡Para rescatar al esclavo, entre-



gas- te al Hi- jo! Necesario fue el pecado de A- dán,



que ha sido borrado por la muer- te de Cris- to.



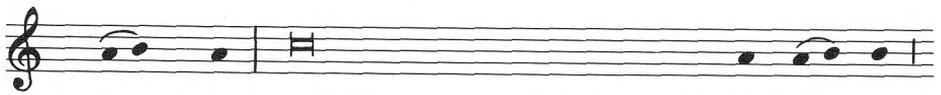
¡Fe- liz la cul- pa que mereció tal Re- dentor!



¡Qué noche tan di- cho- sa! Sólo ella conoció el



mo- men- to en que Cristo resucitó de en- tre los



muer- tos. Esta es la noche de la que estaba escri- to:



«Será la noche clara como el dí- a, la noche ilumina-



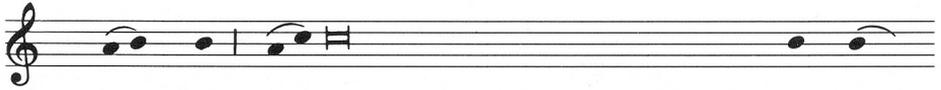
da por mi go- zo». Y así, esta noche san- ta ahu-

yen- ta los pe- cados, lava las cul- pas, devuelve la
inocencia a los ca- í- dos, la alegrí- a a los tris- tes,
ex- pulsa el o- dio, trae la con- cor- dia, do-
blega a los po- dero- sos. En esta noche de gracia,
acepta, Padre santo, este sacrificio vespertino de ala-
ban- za, que la santa Iglesia te ofrece, por medio de sus
ministros, en la solemne ofrenda de este ci- rio, hecho
con ce- ra de abe- jas. Sabemos ya lo que anuncia esta
columna de fue- go, ardiendo en llama viva para

glo- ria de Dios. Y aunque distribuye su luz,
no mengua al re- partir- la, porque se alimenta de
esta cera fun- di- da que elaboró la abeja fe- cun- da
para hacer esta lám- para precio- sa. ¡Qué noche
tan dichosa, en que se une el cielo con la tie- rra,
lo humano y lo divi- no! Te rogamos, Señor, que
este cirio, consagrado a tu nom- bre, ar- da sin apa-
garse para destruir la oscuridad de esta no- che, y,
como ofrenda agradable, se asocie a las lumbr- ras



del cie- lo. Que el lucero matinal lo encuentre ar-



dien- do, e- se lucero que no conoce ocaso y es



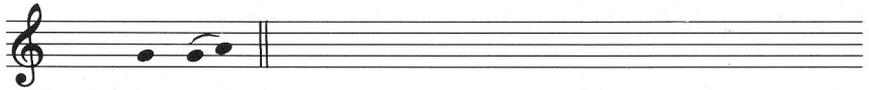
Cris- to, tu Hijo resucitado, que, al salir del sepulcro,



bri- lla se- reno para el lina- je huma- no, y



vive y reina glo- rio- so por los si- glos de los si- glos.



R7. Amén.